

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.

Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian - 75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.

Solo se admite suscripcion por trimetr.

EL LOCO DE SANJUANOPOLIS.

Tal vez no hayan encontrado los lectores el nombre de esta ciudad, en los tratados de Geografía, porque sin duda figurará en ellos con otro cualquiera.

Nosotros sabemos que es ó fué una ciudad de las Quimbámbulas: ciudad desgraciada, si las hay.

Esto puede suceder, puesto que las poblaciones suelen, como los individuos, obedecer durante su vida á las circunstancias que rodearon sus cunas. Las hay indudablemente felices por su asiento en lugar apropiado á su desarrollo, con la proximidad de algun buen rio que no sólo apague la sed de los habitantes, sino que sirva para la industria, el aseo y hasta el ornato público; pero existen otras poblaciones que muestran á las claras el desacierto que presidió á su fundacion.

Esto aconteció con la pobre Sanjuanópolis. Supóngase el lector que la situaron en un islote largo y estrecho como no sé qué, sin agua corriente y sin mas espacio que el que podía necesitar allá en su origen; y para mayor desgracia suya, eran tales los asaltos de corsarios y otros enemigos extranjeros, que hubieron de considerar los vecinos de antaño, como salvacion, las murallas con que se vieron precisados á cercarla.

Con el tiempo, creció como era natural el vecindario; pero no la ciudad; convirtiéndose las casas en colmenas con gran número de zánganos, por cierto. Huyeron los corrales y el arbolado que les daba oxígeno, sombra y fresco, y, por consiguiente, salud al vecindario; con aumento prolífico de sabandijas, insectos y lo que es más deplorable, de los zánganos referidos.

Entre las abejas, había un infeliz que, según sabemos, se apellidaba Venancio ó Don Venancio, como las gentes le designaban para hidalguizarle ó porque naciera hidalguizado.

Pobre Don Venancio! ¿Pues no dió en la manía de quejarse á todas horas de cuanto llevamos dicho? Lo peor es que predicaba en desierto, y llegaron á tomarle hasta por demente.

Pero al cabo fueron todos enloqueciéndose á su vez, puesto que corporaciones y particulares comenzaron á murmurar primero y á quejarse despues, de la falta de aire, de luz y de salud, así como del aumento de sabandijas, insectos y zánganos en tan reducido espacio.

Esto venía á corroborar aquello de que el sueño de hoy suele ser la realidad de mañana; pero Don Venancio al oír que todos, en vez de contradecirle ó de escucharle con indiferencia como ántes, le iban ahora con la corriente; acabó de perder los estribos de puro gozoso.

Sin embargo, como veía que todas eran exclamaciones y palabras, y de acá para allá y de allá para acá, y papel y discursos y escribir; y que el tiempo corría y él necesitaba establecer una industria, y no había casas; que quería mudarse porque se ahogaba, y no había casas; que se moría de hambre porque todo se lo llevaba el estupendo alquiler, y no había casas; que tenía que ir preguntando á los transeúntes y á todo el mundo, de antemano; “¿cuándo se muda U. para hablar la polciga que U. vive, porque no se encuentran casas?”; y que por último veía disputarse y pujar como en subasta, para llevarse una destartalada habitacion, cual si se tratase de una mansion olímpica, porque no había casas; etc., etc.; concluyó por decirse: Pero, señor, ¿qué se han hecho las casas de esta ciudad? ¿Qué diablo de ciudad es esta que todo lo tiene: pulgas, sabandijas, zánganos, páttios húmedos, agua de algibes, (sucios hoy, mañana secos) letrinas horribles, focos de infeccion y de otras cosas, y no tiene casas?

El infeliz Don Venancio se quejaba, y se quejaba.... como en el desierto; sin embargo

de que oía quejarse á los demas, de lo mismo, pero... con igual fruto.

“Hablaís de la higiene física—les decía caluroso—pues y la higiene moral? ¿Qué educacion puede haber para vuestros hijos, con el baturrillo de gentes que pulula en los bajos y corrales de vuestras casas?”

¿Qué obtendréis de esa mescolanza de clases tan desacertada, en que los de abajo no mejoran y los de arriba pierden?

¿Qué criados habrá que no acaben de malearse con zahurdas semejantes? ¿Qué palabrotas para los oídos de vuestras hijas! ¿qué cinismo en las conversaciones! qué insolentes disputas con el de arriba y á deshora, por el uso nocturno de la puerta de la calle! qué algazaras á media noche con las riñas y peloterías! qué alarde de mancebías y qué mezcla de requiebros, arañazos y cosas inaguantables! y todo, porque el casero quiere aprovechar hasta el rinconcillo mas inmundo ó porque no se cabe en la ciudad!—Tapiad los oídos de vuestros hijos, y tapiad sus ojos, sobre todo los de vuestras hijas, porque de seguro que nada saludable podrán sacar sus almas de semejantes focos de pestilencia”.

Así decía el pobre Don Venancio, y todo el mundo le hacía coro y repetía lo mismo; sólo que aquel se trastornó de tanto desear el ensanche salvador de la ciudad; porque sabido es que para volverse loco, nada mas á propósito que fijarse en una idea y soñar con lo imposible. Y como, este imposible era posible; en el juego de será y no será, de ya va á ser y va á no ser, su cerebro se trastornaba más y más.

—Pero señores, decía —Creo en el mejor deseo de la administracion. Por lo tanto, no comprendo porqué no se hace hoy lo que habrá de hacerse mañana. Si al cabo es de necesidad ¿á qué oír mas razones? No hay razones posibles contra la necesidad, y mañana nos asombraríamos de lo fútil que habrán venido á ser las razones de hoy. Quien dé á la sedienta y apretada Sanjuanópolis, agua y ensanche, le habrá dado vida y será su mejor padre.

Pero Don Venancio estaba cada vez mas rematado, daba lástima oírle gritar constantemente: agua y ensanche para Sanjuanópolis!

De suerte que no era cosa de tolerarle por mas tiempo. Los vecinos quejábanse de aquel charlar de día y de aquel vocear de noche, sobre un mismo tema que les aturdía y quitaba el sueño.

Verdad es que solían decir: Este loco tiene razon; pero qué vamos á hacerle? No nos deja dormir y es forzoso encerrarle.

Y dieron con él en el manicomio, y allí volvía mas locos á los demas ó los aturdía con sus repeticiones de *agua y ensanche, agua y en-*

sanche! y fuese enflaqueciendo, y sólo le quedaban pulmones para gritar lo mismo noche y día.

Por fortuna de la ciudad, los demas vecinos, aunque contagiados por su idea, le oían desde lejos y no se exacerbaba tanto su deseo de *agua y ensanche*; que á dar todos en la manía de gritar del mismo modo, habría habido que complacerlos, sobre todo en lo del *ensanche* y en lo del *agua*, allá por Mayo; pero su demencia era pacífica y periódica, segun la luna; aunque no dejaban de estar todos monomaniacos, si bien decían sólo por lo bajo: *agua y ensanche*.

Don Venancio lo habia tomado por lo alto, y por eso se hizo un loco más insufrible. Vivió muchos años y siempre loco y gritando, á pesar de su encierro: *agua y ensanche*. Y ya por último enronqueció y repetía con dificultad sus furiosas palabras.

Y cuando no pudo ya decirlo con la garganta, lo expresaba por señas.

Murióse de puro viejo; y en su última hora, repitió lo mismo, allá como pudo.

—¡Agua y ensanche para la desdichada San-Juan-6-polis! fueron sus últimos acentos! Descanse en paz el pobre loco.

El infeliz, tal vez hubiera recobrado la cordura, si da en vivir un siglo ó algunos siglos más, y llega á ver realizada su manía; Pero quién va á ser eterno? Mas vale morir.

A. T. y R.

Tenemos á la vista un Reglamento de la *Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales y preparatorias para carreras especiales*, dirigida por Don Emilio de Castaños, calle de la Cruz número 21.

Las líneas que preceden son la recomendacion del establecimiento á que se contraen, toda vez que expresan sus fines y el nombre de un estudioso hijo de este país, de cuya aptitud y conocimientos teníamos las mas favorables noticias. De anhelar es que nuestra juventud, que desprovista de la atmósfera intelectual que debe estimularla, salga de su atonía y concurra á una Academia en donde puede hallar conocimientos que intrínsecamente útiles, lo son mucho más por estar enlazados á los que se requieren para las carreras profesionales, de que son la base.

Deseamos al nuevo establecimiento la prosperidad que merece, y á su digno Director el tributo de aprecio que es debido á quien, como él, consagra su juventud á la bella y honrosa causa de la instruccion.

Nuestro querido amigo y apreciable periodista Don Ramon Marin, nos favorece con un folleto debido á su inteligente pluma y titulado *Las fiestas populares en Ponce*. Por lo que de dicha obrita hemos leído hasta ahora, pues acaba de remitírsenos, juzgamos que está bien redactada. Encierra curiosos datos y reflexiones juiciosas sobre esta clase de expansiones populares, en que como se expresa ó da á entender, no todo es digno de aplauso; pero que deben conservarse, despojadas de cuanto no se ciña al inocente solaz y no redunde en beneficio del progreso. El folleto á que aludimos, puede ser bastante útil á la historia y mejoramiento de nuestras costumbres públicas.

El 7 del corriente ha fallecido en esta ciudad, víctima de la cruel epidemia que se va haciendo interminable, Don Francisco Garrido.

Jóven, entendido y laborioso en el escritorio mercantil que constituía su profesion, apreciado de cuantos le conocían por lo simpático de su carácter, era de aquellos jóvenes; que con el instintivo amor de lo bello y sin haber escrito nunca, saben estimar las letras: lo que por desgracia no es comun en nuestra juventud. Jamas faltó su óbolo á toda empresa, (pocas y pobres entre nosotros) que tuviese por objeto la cultura intelectual de su provincia.

Descanse en paz este buen amigo: Su doloroso término, tras de largo sufrir, es argumento de fe en otra vida, necesaria para que se repare la doble injusticia que la muerte ha cometido: en él, con los padecimientos; en los demás, con la pérdida de un ser inteligente y bueno.

Nuestros lectores recordarán, si han sido favorecidos de esta Revista desde sus primeros números, la novela que publicamos titulada *A Orillas del Rhin*.

En ella figura, como eje principal de la accion, un Wals, cuyo poético título *A orillas del Rhin yo pienso en tí*, sirvió de tema para la novela susodicha.

La música de aquel Wals recuerda las bellas inspiraciones de Straus; y así habréis podido juzgarlo en la retreta del domingo 13, ejecutado por la bien dispuesta banda de Artillería.

Constante sólo de dos partes el referido Wals, ha sido hábilmente ampliado por el inteligente artista Sr. Aruti, director de la expresada orquesta militar.

Á propósito de la retreta del 13, y del mencionado artista Sr. Aruti: nos gustó su fantasía *El Ferro-carril*. Hemos hallado en ella mucha propiedad. Representa el viaje de un Regimiento en el tren, á la madrugada; por eso se dejan oír trozos que significan la aurora, la salve, la diana, llamada, y paso doble. Los confusos rumores de la tropa al entrar en el tren, la marcha de éste y su llegada, con igual rumor al desalojarlo el regimiento, están muy bien descritos; terminando con varios cantos nacionales y de esta provincia, ingeniosamente enlazados y puestos en son de danza criolla.

Felicitemos al compositor por su bello *capricho musical*.

A GUTENBERG.

I.

Génio inmortal! Yo te saludo! Te saludo como al primer obrero de esa civilización siempre creciente que se ha esparcido por la tierra como las aguas de un inmenso río, fecundándolo todo y llevando á todas partes valiosos tesoros de ciencia y de artes, de luz y progreso.

II.

El espíritu humano no podía llenar cumplidamente su gran misión civilizadora, encerrado como estaba en el círculo estrecho de la expresion oral y el manuscrito.

El hombre avanzaba, pero avanzaba lentamente en la triple vía del adelanto intelectual, moral y material.

Pero viniste tú, brillante Génio, y el pensamiento tuvo alas y pudo volar de un polo á otro del globo, disipando densas tinieblas, extendiendo el imperio de la verdad, proclamando el derecho y la justicia, haciendo al hombre mas inteligente, mas noble, mas libre.

Las distancias quedaron en cierto modo suprimidas para la trasmision del pensamiento.

Del pensamiento que lleva en el libro, en el folleto ó en la hoja tipográfica, los descubrimientos de la ciencia, los encantos y las enseñanzas de la literatura, las maravillas del arte, el impulso y la vida de la industria.

Del pensamiento, que todo lo comprende, que todo lo abarca, bajo las formas distintas que saben darle el talento y el estudio.

Del pensamiento, que es una mina inagotable, de donde se extrae siempre oro.

Los pueblos desde entonces, han podido entenderse fácilmente, hablarse de continuo, ilustrarse y enriquecerse, participando cada uno de los progresos é inventos de los otros.

La idea impresa viaja por todas partes, atraviesa distancias enormes con la rapidez del vapor ó del telégrafo, y penetra en la cabeza del sábio ó del ignorante, del rico ó del pobre: á todos llega, á todos ilumina.

III.

¿Quién mas útil que tú?

Colon descubrió la América, pero tú has descubierto el secreto de multiplicar en poco tiempo los adelantos del espíritu.

Él trabajó solo por un mundo.

Tú... por el orbe entero!

Esos conquistadores afamados, esos géniis poderosos cuyas hazañas nos refiere la historia, hicieron cosas estupendas, levantaron ó abatieron imperios.

"Fueron grandes (dice un escritor al hablar de estos géneos de la destrucción), pero lo fueron como los huracanes, como las tempestades, como las convulsiones de la tierra en las erupciones volcánicas. De esta grandeza no queda á los pueblos sino tumbas y vanidades estériles".

Tu gloria es mas legítima.

Esa gloria es tan pura y hermosa como el lampo de las estrellas.

Tan pura como la de Gioja, á quien debemos la brújula, como la de Vatt y Fulton, que descubrieron, aplicaron y perfeccionaron el vapor, como la de Chappe, inventor del telégrafo, como la de Jenner y otros genios benéficos.

En el templo valioso de la fama, sólo deberían tener entrada aquellos muertos ilustres que trabajaban en vida por el bien de la humanidad.

IV.

La imprenta es la gran mensajera alada del espíritu; y la imprenta es obra tuya.

¿Quién podrá presentarse ante la posteridad con mejores títulos que tú?

Tu invento ha dado á la inteligencia un poder que no tenía, un poder casi infinito.

Gracias á tí, el hombre puede ya hablar al universo y á los siglos.

¡Génio inmortal! ¡Yo te saludo!

F. A. G.

COFRESÍ. (*)

NOVELA

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

(Continuacion.)

CAPTÍTULO VI.

DOS Y UNO TRES.

Dejamos á Caín, tendido y como muerto junto á la puerta del garito.

Pasada por lo menos una hora, comenzó á sentir el propicio efecto del aire de la noche, que al refrescar sus sienes y cerebro, iba distribuyendo el calor, que la congestión había aglomerado allí, en lo restante de su persona y determinaba favorable movimiento; al paso que la sangre que manaba de una ligera herida, que al caer hubo de hacerse en la mano izquierda contra el afilado corte de algun guijarro, contribuía bastante á esta reaccion: así es que poco á poco empezó á mover sus miembros y fué abriendo los ojos.

(*) La nota que por equivocación se puso al capítulo 5º de esta novela, se refiere al capítulo 6º. — Véase el número anterior de esta Revista.

La memoria vino como la aurora que amontona nubes, y el conocimiento, á manera del sol que las va aclarando y emblanqueciendo, llegó á su vez. Surgió el recuerdo de lo pasado y la conciencia de lo presente; despertándose con ámbas cosas el adormecido furor. Tendió los brazos, movió las piernas, y al olor de su propia sangre la pantera se sintió revivida.

El escozor le hizo fijarse en la mano izquierda, y como por instinto llevó la diestra á la espada, que halló ceñida á su costado.

Vió con satisfacción que, por no haber llegado á desnudarla ó por inadvertencia de sus contrarios, atentos sólo á impedirle toda acción y á sacarle del garito, se la habían dejado.

La sangre continuaba saliendo, aunque ya no corría como debió verificarse algunos momentos antes; puesto que el suelo daba testimonio de que no había sido escasa la sangría.

Sacó un pañuelo, juntó los bordes de la herida y la vendó como pudo, con ayuda de los dientes, no habiendo por allí recurso ni compresor de otro linaje.

Fuése en seguida á la puerta del garito: pensó en derribarla; pero como no podía disponer para semejantes usos vigorosos de la mano herida y carecía de palanca suficiente, parecióle mejor emplear la maña y determinó aguardar.

Revisó de nuevo á la luz de la luna la mano vendada, y con alegría vió que el pañuelo tan solo contenía alguna mancha de sangre; prometiéndose que dentro de poco acabaría de estancarse por sí misma. La compresión podría favorecer aquel estancamiento.

Desató, pues, el caballo que había amarrado á un árbol, y dió la vuelta hácia el colgadizo delantero de la casa, llevando al primero de la brida. Atólo de nuevo á un estante del citado colgadizo; y entróse en el tenducho. Allí, sin parar mientes en cantos ni cantores, pues traíanle sobrado caviloso sus nefarios planes; acercóse al mostrador pidiendo y apurando una copa del de las *once letras*, que pagó, y tornó á salir para trepar en su cabalgadura, en la que emprendió la marcha lentamente.

Á este paso, llegó á un punto que juzgó á propósito para la observación que intentaba. Desmontóse y comenzó á pasearse por entre el arbolado en son de espera.

— Desde aquí puedo verles salir-se dijo- y aunque este lugar no es oportuno para la detención que me prometo, podré seguir á quien mejor me parezca. En esta comarca no habrán de faltarme sitios aparejados, sea cualquiera el camino que tomen.

Como otro tanto habría trascurrido, y con marcadas señales de sus proyectos, pues ora atisbaba, ora se movía para quedarse al cabo quedo y sigiloso, tornando á ponerse luego en

observacion ó en movimiento; comenzaba á mostrar que la tardanza se le iba haciendo intolerable.

Para él, no había luna hermosa, ni cielo azul, ni contemplacion posible, puesto que si en horas normales para su cerebro, solía vivir en medio de la naturaleza, ya le mostrase ésta lo apacible de los campos, ya lo inmenso de los mares, con la indiferencia del ganado que come y no contempla, ó del pez que surca y que no admira: ¿qué podrían decirle ahora, dada la agitacion de su mente, aquella calma de la noche tan distante de su seno, ni aquellas bellezas naturales tan armónicas en sí como desacordes con su estado?

Sus ideas, que de algun modo hemos de apellidar la nebulosa imágen que dentro de ciertas cabezas, aparentemente humanas, forma la sensacion, giraban en derredor de un objeto que no cesaba de representársele. Este objeto era un hombre, no determinado, sino cualquiera, una sombra humana, con oro, con mucho oro y orla de sangre derramada por un puñal, por el suyo, que parecía latir yá de impaciencia en su cintura: dinero que se desprendía de unas manos, cuya lasitud lo abandonaba; manos que eran parte de la sombra que caía para no moverse mas.

Entonces aquel oro sería suyo y lo guardaría con el fin de tenerlo él, de que no lo tuviese otro. En hacer, deshacer y tornar á hacer tan vertiginoso cuadro, en que no entraba otro fondo ni otras líneas que lo susodicho, pasó el tiempo Caín, hasta que vió aparecer á un par de hombres que montaron en sus respectivas cabalgaduras; y turbando el sosiego de la noche con sordo, pero caloroso altercado, mas que abundante en porvidas y palabrotas, dirigiéronse al paraje en que se hallaba apostado aquél. Montó á caballo el foragido, y apercibióse cual cazador que ve venir en ráudo vuelo la pieza, es decir: con la posible cautela y prontitud.

Trató de examinarlos al pasar junto á él, oculto en la enramada y no sin experimentar anhelos de acometer; pero por ser dos y por lo tanto peligroso el lance, contentose con seguirlos á cautelosa distancia y al mismo paso que llevaban.

No dejaba de ocurrírsele el caso de que los expresados jugadores se separasen, tomando cada cual distinto rumbo. ¿Qué hacer entonces? preguntábase á sí mismo — ¿Á quién perseguir con mejor fruto? En resumen: ¿cuál de los dos llevará más?

El diálogo que cambiaban entre sí los jugadores, era poco mas ó menos el siguiente; que insertaremos, descartado en lo posible del picante aliño de que hablamos ántes.

— Á no ser por aquel maldito caballo... — decía el uno —

— De todos modos — respondía el otro —

las grandes se daban arriba. Debió U. haberlo tenido en cuenta al ver el juego de toda la noche.

— Pero el caballo aquel entrometido! Estorbó que me quedase con la banca.

— No le basta, compadre, lo mucho que ha ganado?

— Y U. ¿qué habla?

— Tampoco estoy conforme; pero con razon, porque pude dejarlos limpios. Á no ser por aquella jugada que les sugirió el diablo! Ah! si sigue... pero hice un conjuro y cambié la suerte. Toda la malicia del de los cuernos se fué á paseo.

— Lleva U. sin embargo, tan buena pelota que me daría por satisfecho.

— No más que U. compadre —

— ¡Cuánto nos maldecirán por habernos salido!

— Ganancia hecha, compañía deshecha.

— Que Dios los confunda! ¿No hemos tallado U. y yo sucesivamente desde la oracion? ¿Íbamos á estar allí hasta la mañana con los bolsillos yá tan gordos como barriga de mero?

— Canario! Nos hemos traído lo mejor de la mesa.

— Como que no les queda mas que la mejía. — Imagine el lector las vacilaciones de Caín ante este diálogo, que si bien con algun trabajo, logró escuchar en la parte suficiente á impacientar mas su ya excitada codicia; conversacion, sobrado vaga para lo que pretendía saber de fijo: cual de los dos llevaba más dinero.

— Si hubiera traído mis pistolas! — murmuró imaginando que con ellas habría podido resolver mas fácilmente la cuestion, hiriendo á los dos á un tiempo.

Pero era preciso renunciar á una de las dos bolsas, dilema terrible para el codicioso.

Sin prever el caso, había tenido que dejar aquellas armas en lugar no lejano, para ser admitido en la leonera, en donde la tizona era la única que gozaba este privilegio, por costumbre ó por considerarse de mejor defensa.

Hubo por fin de resignarse á preferir en caso oportuno, al que le quedase mas á mano.

Continuó siguiendo la pista á los jugadores gananciosos; pero estos, en una de las pausas de la conversacion, llegaron á notarlo sin duda y apretaron el paso despues de haber mirado atrás con algun recelo.

El perseguidor no podía evitar que se produjese cierto ruido que delataba su presencia: ruido que era ya el de su cabalgadura al batir el suelo con los cascos, ya el de las ramas que sacudían ó quebraban con sus cuerpos gine y caballo, al estrecharse la senda practica por entre el espeso follaje de aquellos sitios.

Tranquilizábanse algunas veces los del diálogo, luego que Caín, por prevision, paraba

su caballería, dejándoles adelantar un tanto en el camino; ó porque vislumbraen que era un solo ginete el que les seguía, con todas las apariencias de pacífico viandante.

Pero acabó por llamar de nuevo su atención, lo que parecía como insistencia del viajero; mas sospechosa, al ver que que les seguía con tenacidad, cuando por cerciorarse ellos en la desconfianza, que apenas nacida, iba creciendo en sus nada tranquilos ánimos, variaban á cada paso de ruta, inclinándose á una y otra parte sucesivamente.

Ante semejantes vueltas y revueltas, ejecutadas por veredillas casi impracticables, como que eran sugestión del momento y elegidas sin razón plausible; vino á sospechar á su vez Caín lo que tales rodeos significaban. Y aunque hubiera debido continuar simplemente el sendero, que por mas transitado llevaban al principio; sin cuidarse de las desviaciones que aquellos daban, pues al cabo habían de ir á parar á aquél, bajo riesgo de perderse; la codicia le cegaba de tal modo, que por temer que la presa se le escapase, cometía la imprudencia de acrecentar su natural recelo.

Así caminaron algunos minutos; hasta que el perseguidor vino á comprender, que acabarían por darle cara los dos juntos ó por no separarse en todo el camino. Por esto determinó detenerse algunos instantes, con el fin de restablecer en el ánimo de aquellos la pérdida confianza; pero como si ellos hubiesen conocido este plan, se aprovecharon de la parada del que no se decidían á mirar sin temores, para aguijonear sus caballos y dar á correr metiéndose por lo mas intrincado de la maleza.

Sin duda conocían este camino, y fué tal la rapidez de su marcha, que á pocos pasos se convenció el bandolero de que había perdido su rastro, exponiéndose á extraviarse si trataba de seguirlos.

— Maldita detencion la mia! - exclamó rabioso.

Quedóse sin saber qué hacer, ni en qué dirección seguir.

Golpeóse la mejilla con su diestra furiosa, como queriendo castigar en sí propio la detencion que había dado lugar á semejante fuga: consideraba ya pérdida la presa!....

Pero tornó á reflexionar, y comprendió que en todo caso, no debía permanecer mas tiempo sin adoptar resolución. Decidióse á tomar un camino cualquiera, como quien confía á la aventura la realizacion de sus deseos.

— Acaso me convendrá dirigirme hácia el peñon. Vista la ruta que llevaban desde que salimos del garito, puede juzgarse que caminaban en la dirección de Ponce. No les queda mas vía, si no quieren emplear larguísimo rodeo. Voy pues en vuelta de aquel paraje, y si les encuentro juntos, no malgastaré de nue-

vo la ocasion. Fingiré que no soy solo al acometer. Acaso huyan, asustadizos como van con su dinero, y con mayor prisa imaginándose atacados por mas de uno en semejantes sitios y á tales horas. Entónces me lanzaré sobre el rezagado ó sobre el que haya de ir detrás por la estrechez de aquel sendero. Me parece lo mejor pensado, ántes que abandonar la empresa. No, no puedo resignarme á dejarles el dinero que, voto á ~~Por~~ ~~erabás~~ y á mi mala suerte, he perdido esta noche!

Adoptado este plan, tomó la senda, nada franca ni espaciosa allí, y despues de andar buen trecho, se desvió á la diestra por entre matojos y breñales, en dirección al mogote de Tallaboa, con la mira de apostarse en el lugar mas oportuno.

En cuanto á los otros, tan luego como creyeron haber desorientado al que los seguía, y llegaron á un punto en que la ruta se bifurcaba siguiendo una parte hácia el peñon é internándose la otra por detrás de la montaña que lo forma, el uno dijo al compañero:

— Compadre, ya estamos solos. El que nos seguía, ó ha perdido el tiempo ó lo que juzgábamos persecucion era pura casualidad. Separémonos, pues, y hasta mañana.

— Por vida de Dios, que á pesar de la costumbre, siempre me parece de mal agüero ese maldito peñon.

— ¿Tiene U. miedo de pasarlo? - exclamó el otro interlocutor con tono algo burlesco.

— El miedo no debe ser mucho - replicóle el compañero amostazado por la pregunta - cuando ésta, como casi todas las noches, me arriesgo á transitar por él. Cualquiera diría que no por valiente, prefiere U. el largo rodeo con que trata de evitarlo.

— Es el mas inmediato á mi casa.

— Bien corta es la diferencia!

— Si tiene U. miedo, le acompañaré.

— Me basto, aunque con esta mala compañía - dijo señalando el talego que como el otro, llevaba sobre el arzon.

— No voy yo mas libre de peso semejante; pero estoy dispuesto á darle compañía.

— Ó á que yo se la dé: no disimule U. compadre. En la actualidad no sé que camino es mas seguro; pero puesto que ninguno de los dos quiere dar que pensar al otro, tome cada cual su ruta y siga su suerte.

— Será lo mejor, al menos para el amor propio. Juro á Dios que con mis cinco cuartas no temo al mas pintado.

— La mia tampoco me ha dejado nunca mal. Con ella he metido el resuello á mas de cuatro.

— Adios, compadre, y hasta mas ver.

— Adios y hasta mañana.

— Si Dios quiere

— Él nos ampare.

Y los dos *guapos* se separaron, tomando el uno la senda posterior á la montaña, y el otro la que iba directamente hácia el peñon ya mencionado.

Ambos compadres tenían por lo visto, cierta susceptibilidad característica de aquellos tiempos y de la raza hispano-meridional nuestra pobladora: había bastado á separarlos, el temor de parecer tenerlo.

(Continuará.)

EL ESCARABAJO DE ORO

por EDGARDO POE.

(Conclusion)

(Un buen vidrio en el meson del Obispo en la silla del diablo cuarenta y un grados y trece minutos nordeste cuarto al norte principal tronco sétima rama lado este soldad del ojo izquierdo de la cabeza de muerto un hilo de abeja del árbol á través la bala á cincuenta piés afuera (ó lo ancho).

— Pregunté á los vecinos de la isla de Sullivan por un edificio que debía llamarse el *meson del obispo*, y no habiendo adquirido noticia alguna respecto de este punto, iba á continuar mis pesquisas, cuando una mañana me ocurrió de pronto la idea de que *Bishop's hotel* podía referirse á una antigua familia llamada Bessop, que desde tiempo inmemorial estaba en posesion de un manso á unas cuatro millas al norte de la isla. Dirigíme á la plantacion y pregunté á los negros mas ancianos que encontré. Una de las mujeres mas entradas en años, me dijo que había oído hablar de un sitio llamado, segun creía, *Bessop's castle* (castillo de Bessop), y que me acompañaría allí, si bien no era castillo, ni meson, sino un gran peñasco.

La prometí pagarle su trabajo, y despues de haber vacilado un momento, consintió en acompañarme al indicado sitio. Lo descubrimos fácilmente, la despedí y empecé á examinar la localidad. El *castillo* consistía en un monton irregular de piedras y rocas, una de las cuales era tan notable por su altura, como por su aislamiento y configuracion casi artificial. Trepé hasta la cumbre, y al llegar á ella me quedé sin saber qué había de hacer.

Miéntas estaba pensando, ví un estrecho vuelo en la parte oriental de la roca, á cosa de una yarda debajo de la punta en que yo me hallaba. Este vuelo se proyectaba unas diez y ocho pulgadas, y sólo tenía un pié de ancho; un nicho abierto en el pico y encima, le daba cierta semejanza con las sillas de respaldo cóncavo, de que se servían nuestros abuelos. Ya no me quedó duda de que había encontrado la *silla del diablo*, de que se hace mencion en el se-
 creto del enigma.

to, y me pareció que acababa de descubrir el secreto del enigma.

El *buen vidrio* no podía significar otra cosa que un antejo de larga vista, porque nuestros marinos emplean pocas veces en este sentido la palabra *glass*. Comprendí en seguida que era preciso servirse de un buen antejo, colocándose en un punto de vista definido y no admitiendo ninguna variacion, pues la palabra *cuarenta y un grados y trece minutos y nordeste cuarto de norte* debían dar la direccion para apuntar el antejo. Fuertemente impresionado por todos estos descubrimientos, fui corriendo á mi casa, me procuré un buen antejo y volví á la roca.

Deslicéme por la cornisa y noté que era imposible mantenerse sentado en ella sino en cierta posicion, hecho que confirmó mi conjetura. Entónces acudí al antejo: los *cuarenta y un grados y trece minutos* sólo podían referirse á la elevacion encima del horizonte sensible, pues la direccion horizontal estaba claramente indicada por las palabras *nordeste cuarto de norte*. Establecí esta direccion por medio de una brújula de faltriquera, despues encarando, lo mas justo posible por aproximacion, el antejo á un ángulo de cuarenta y un grados de elevacion, lo moví con precaucion de arriba abajo y de abajo arriba, hasta que mi atencion fué detenida por una especie de agujero circular en el follaje de un grande árbol que dominaba á todos sus vecinos en la estension visible. En el centro del agujero ví un punto blanco, pero no pude distinguir lo que era. Despues de haber ajustado el foco del antejo, miré de nuevo y ví que era un cráneo humano.

Despues de este descubrimiento, que me colmó de esperanza, consideré el enigma como resuelto, pues la frase *principal tronco, sétima rama, lado este*, no podía referirse mas que á la posicion del cráneo en el árbol, y las palabras *soldad del ojo izquierdo de la cabeza del muerto*, solo admitían una interpretacion, puesto que se trataba de buscar un tesoro. Comprendí que convenía dejar caer una bala del ojo izquierdo del cráneo y un hilo de abeja, ó, en otros términos, una línea recta, partiendo del punto mas inmediato del tronco, y estendiéndose á través de la bala, esto es, á través del punto donde cayera la bala, indicaría el sitio preciso, y debajo de este sitio, á mi modo de ver, había de estar el depósito.

— Todo esto, dije, es claro por demas, ingenioso, sencillo y esplicito; pero, ¿qué hicierais al dejar el meson del Obispo?

— Despues que hube tomado nota de la forma y posicion del árbol, regresé á mi casa. Apenas hube dejado la *silla del diablo*, cuando el agujero circular desapareció, y por mas que miré hácia uno y otro lado, no pude descubrirlo. Lo que me parece la obra maestra del in-

genio en todo este asunto es el hecho (pues he repetido el experimento y me he convencido de que era un hecho) de que la abertura circular solo es visible desde un punto, y este único punto de vista es la estrecha cornisa en el flanco de la roca.

Habíame seguido en mi expedición al meson del Obispo mi criado Júpiter, que sin duda hacía algunas semanas que me observaba, y ponía un singular cuidado en no dejarme solo. Pero el día siguiente me levanté muy temprano, me escapé á su vigilancia y corrí á las montañas en busca del árbol, que me costó mucho hallar. Cuando volví á mi casa, mi criado se disponía á darme una buena paliza. Lo demás de la aventura lo sabeis tan bien como yo.

— Supongo, dije, que si nos equivocamos al abrir el primer hoyo, fué por culpa de Júpiter, que dejó caer el escarabajo por el ojo derecho, en vez de soltarlo por el izquierdo.

— Precisamente. Este error producía la diferencia de unas dos pulgadas y media, relativamente á la *bala*, esto es, á la posición de la clavija cerca del árbol: si el tesoro hubiese estado debajo del sitio señalado por la *bala*, este error no habría tenido importancia; pero la *bala* y el punto mas inmediato del árbol eran dos puntos que solo servían para establecer una línea de dirección; naturalmente, el error, muy mínimo al principio, aumentaba en proporción de la longitud de la línea, y al llegar á una distancia de cincuenta piés, nos habíamos desviado totalmente. Sin la idea fija de que me sentía poseído, de que había allí un tesoro enterrado, quizá habríamos trabajado en vano.

— Pero vuestro énfasis, vuestros ademanes solemnes, balanceando el escarabajo, ¿qué significaban? Os juro que creí que estabais loco. ¿Por qué quisisteis dejar caer por el ojo del cráneo el escarabajo en lugar de la *bala*.

— Os confesaré francamente que, sintiéndome vejado por vuestras sospechas relativamente al estado de mi juicio, resolví castigaros tranquilamente, á mi modo, por medio de aquellas apariencias. Hé aquí por qué balanceaba el escarabajo y por qué quise que cayera de lo alto del árbol. Una observación que me hicisteis sobre su mucho peso me sugirió esta idea.

— Ahora lo comprendo todo, menos una cosa. ¿Qué diremos de los esqueletos encontrados en el hoyo?

— Pregunta es esta á la que no sé qué contestar. Solo veo una manera plausible de explicarla, y mi hipótesis implica una atrocidad que horroriza. Es claro que Kidd, pues no dudo de que Kidd fué quien escondió el tesoro, se hizo ayudar en esta operación; pero termi-

nada la obra, consideró conveniente hacer desaparecer á los poseedores de su secreto. Quizá bastaron para ellos dos buenos golpes de azadon, mientras que sus compañeros estaban aún ocupados dentro del hoyo; quizá hubo de darles una docena de aldabonazos. ¿Quién puede decírnoslo?

(Fin)

RECUERDO DE UN VIAJERO.

(Por J. A. Perez Bonalde).

Desde remotas, heladas zonas
llegué á estas plazas del Amazonas,
donde, contábanme los viajeros,
que eran los cielos de eterno azul,
las tierras daban oro y diamantes,
los montes flores, los aires luz!

No, no mintieron, mas en tus ojos
hallé mas lumbre, tus labios rojos
fueron á mi alma mas bellas flores,
y los diamantes de tu virtud
me revelaron mas resplandores
que el aire, el oro y el cielo azul....

Mas ay! de tanta, tanta belleza
con que adornara naturaleza
tu frente virgen y tu alma pura,
solo el recuerdo podré guardar,
y otros, felices, tanta ventura
allá en mi ausencia disfrutarán....

Que de esta vida por el camino
sin norte vago, cual peregrino
que bien no tiene, ni amor, ni casa:
soy hoja errante que seca el sol,
ave que vuela, viento que pasa,
nube que impele rudo turbion.

Mas ya en ardientes ó heladas zonas,
oh! casto lirio del Amazonas!
Siempre en mis sueños veré, entre flores,
la dulce niña cuya virtud
me revelara mas resplandores
que el aire, el oro y el cielo azul.

Manaos (Alto Amazonas) 1873.

Establecimiento Tipográfico de Gonzales.